

VERANO 2022

# BENIN, ÁFRICA

## FUNDEBE

A lo largo de nuestra vida aparecen personas que nos llevan a donde deberíamos ir y nos ayudan a crecer, nos guían por un camino y nos enseñan importantes lecciones. En mi caso, nunca me hubiera imaginado que una de esas personas sería el profesor nuevo, que llegaba cuando yo estaba en 3º de la ESO para impartir religión y que tantas veces me echó de clase al principio, Don Aurelio. Fue él quien, durante el colegio, me fue hablando de Benín (su país de origen), del colegio que estaban construyendo, de lo lejos que habían llegado y de lo lejos que querían llegar.

La oportunidad de viajar fuera, a otro país, a otro continente, poder conocer una cultura completamente diferente y, a la vez, servir a las personas que viven en una realidad que difiere con la nuestra, solo la tienen algunos pocos. Y de estos pocos, son aún menos los que dicen que sí y se lanzan a la aventura. En nuestro caso fuimos 17, chicos y chicas de entre 18 y 21 años, los que, por diferentes motivos e historias, el 4 de julio de 2022 llegamos acompañando al Padre Aurelio al aeropuerto de Cotonú (capital de Benín). Fue pisar el suelo y darse cuenta de que todo lo que habíamos estado preparando durante meses, con vacunas, reuniones, cajas, horarios, material, estaba cerca de encontrar su sentido. La terminal de llegadas era pequeña y ya desde el principio pude ir conociendo el carácter de los benineses: sosegado e imperturbable, pero también sociable y animado. Se respira otro aire, nadie va con prisa, al contrario que en Madrid, donde parece que todo el mundo llega tarde a algún lado, la gente charla y se toma la vida con calma, incluso se acercan a hablar con nosotros mientras buscamos las maletas y comienza la tarea de estirar el bajo nivel de francés con el que venimos. Esa noche dormimos en la casa de voluntarios también llamada “Casa de España” en Porto Novo (a 1 hora de Cotonú) y al día siguiente la rueda comenzaba a girar.

Nuestra primera parada fue en Ouidah, en una casa de las religiosas Agustinas, donde cuidan a niños a los que sus familias no pueden mantener o a los que han abandonado, y donde la mayoría de ellos tienen algún tipo de discapacidad. Llegamos sin saber que nos íbamos a encontrar, sabíamos lo que nos habían contado y yo iba con miedo de que la situación me sobrepasara. Visto desde fuera y acostumbrados a nuestra vida fácil donde todo lo que hacemos tiene una finalidad, que haya gente, como Sor Elisabeth o Sor María José, que lo dejan todo y dedican su vida a cuidar de personas que nunca se lo van a poder agradecer, nos puede parecer difícil de entender. Sin embargo, cuando llegas lo vas entendiendo poco a poco. Los tres días que pasamos ahí con ellos, me sirvieron para aprender un poco más de que va la vida, de que hay mucho más en dar que en recibir y de que nada es excusa para no entregarte a los demás. Esto lo aprendí gracias a las monjitas que cuidaban con tanto cariño a los niños por mucho que un día pudieran estar cansadas y que nos cuidaron a nosotros también. Pero también aprendí con los niños, que se cuidaban los unos a los otros a pesar de su condición y que disfrutaban con todo lo que les proponíamos, y al final llegamos a entendernos

pese a no hablar el mismo idioma, incluso llegamos a organizar un escondite inglés.

La segunda parte del voluntariado se desarrolló en el norte del país, en Nikki, donde está el colegio que ha construido la fundación, el colegio *Notre Dame du Mont Carmel* (Nuestra Señora del Carmen). A parte de todo esto, pudimos hacer un poco de turismo. A la vuelta de Ouidah pasamos por la playa de Grand-Popó y algunos nos bañamos. En Cotonú, acudimos a la misa de domingo en la ciudad y vimos lo distinto que se celebra, asistimos una fiesta en casa de unos amigos del padre Aurelio y comimos en la playa de Cotonú. El padre Aurelio nos estuvo contando durante esta comida sobre la historia de Benín, el pasado con la esclavitud, que significan las marcas en la cara que llevan algunos y nos acabó contándonos sobre la fundación, cómo surgió y qué planes tiene para el futuro. Y es que han llegado muy lejos con el colegio y cualquiera podría darse por satisfecho en este punto, sin embargo, él dijo una vez: “No es bueno acostumbrarse, tenemos que poder soñar, soñar siempre con algo mejor y no conformarse con lo que tenemos”.

Finalmente, al 7º día de estar en Benín, llegamos al colegio donde ya nos quedamos hasta el final. Conocimos a Gisele y a Victoire, que trabajan en el colegio durante el año y que estaban ahí, curiosamente, para servirnos a nosotros (su plato estrella: las croquetas). También conocimos a Bienvenue, director del colegio, que también había estado con nosotros en Cotonú. El padre Aurelio nos quiso mostrar todo el colegio, aula por aula, para que pudiéramos ver lo mucho que se había logrado y conocer el colegio del que él tanto había hablado. Nunca me hubiera imaginado que las instalaciones estarían en tan buenas condiciones, paseando por el colegio se notaba todo el trabajo y el esfuerzo que se había puesto en el proyecto, además Don Aurelio nos iba diciendo las numerosas donaciones que habían hecho posible que esto hubiera salido adelante, dando a ver lo mucho que aprecia la generosidad de España, y que al hacerlo siempre había tenido en mente una frase: “si se va a hacer algo, se tiene que hacer bien”.

Nuestra tarea consistía en dar clases de inglés, español y tecnología, en un curso de verano que organizaba el colegio por las mañanas, y por las tardes ayudar con tareas para el mantenimiento del colegio, como pintar las pizarras, plantar flores, hacer inventario del botiquín u ordenar el almacén. Al principio tuvimos que afrontar algunos retos con las clases, aunque lleváramos todo preparado desde Madrid, con el horario y las lecciones que íbamos a dar, nos dimos cuenta de que había cosas que no iban a funcionar y nos tocó improvisar sobre la marcha. Aun así, considero que dimos todo lo que pudimos, yo con mi francés no muy fluido, y acabamos disfrutando mucho de las clases. Los niños lo hicieron todo más fácil, verlos fuera de clase y saludarles, jugar al ahorcado, hacerles reír o verlos concentrados en lo que estábamos explicando. Todo ello hizo que en pocos días les cogiéramos mucho cariño, por su puesto tenía favoritos, pero todos ellos consiguieron llenar mi corazón.

Los que estudiamos medicina nos organizamos, además, para que mientras algunos se quedaban en el colegio, el resto pudieran ir al hospital de Nikki (a 5 minutos en coche) y ahí ayudar en lo que fuera posible a los médicos. Sin embargo, el primer día en el hospital fue un duro golpe de realidad, yo que llegaba motivada para ayudar en lo que fuera necesario y aprender todo lo posible, me di cuenta de que no iba a ser tan fácil. No contaba con que yo solo había llegado hasta 2º de carrera, poco podía hacer en la parte médica, más que sujetar las gasas al médico o poner la linterna del móvil porque la luz de las habitaciones no daba para más. Así que pronto nos dimos cuenta de que nuestra verdadera función debía ser acompañar a los enfermos, con gestos de cariño, agarrándoles la mano cuando, sin ningún tipo de analgesia, les practicaban una cura, o llevándoles agua si nos la pedían. De esta forma, los días en el hospital se me hacían cortos. También conocimos a los médicos, al Dr. Mama, Dr. Bliss o al Dr. Pascal, siempre atentos a que nos enteráramos de lo que ocurría y con una dedicación increíble a su trabajo, tratando de sacarle el máximo partido a lo que tenían. Sin duda, se acabaron ganando mi admiración y la de todos.

En Nikki también tuvimos la oportunidad de hacer un poco de turismo. Fuimos al mercado, acompañados por Victoire y Gisele, donde compramos telas y souvenirs regateando precios. También visitamos a las religiosas Capuchinas de Nikki, que cuidan de niños con malnutrición y tienen una escuela para niñas con problemas familiares, donde las enseñan a coser y a las que les compramos estuches o monederos que habían hecho. Luego el padre Aurelio nos llevó a conocer al virrey de Nikki, que nos estuvo contando cómo funciona la política del país y sobre los Bariba (un pueblo autóctono del norte de Benín), y además nos enteramos de que había ayudado a que el colegio saliera adelante, animando a la gente de la ciudad (en su mayoría son musulmanes) para que acepten que sus hijos vayan al colegio (católico). Con todo esto tuvimos la oportunidad de pasear por las calles de Nikki y ver escenas de la vida cotidiana de la ciudad, saludábamos a la gente y los niños nos gritaban “*¡batules!*” (que significa “blanquitos”) cuando nos veían pasar.

Todos los días que pasamos en Benín, ya fuera en el norte o en el sur, el padre Aurelio nos reunía para dar la misa. Y aunque de primeras me pudiera dar pereza, se acabó convirtiendo en mi parte favorita del día. Era un momento en el que parabas y tenías la oportunidad de reflexionar sobre todo lo que estaba pasando. Además, el padre Aurelio conseguía siempre relacionar en sus homilías, el evangelio del día con lo que estábamos viviendo. En el momento de las peticiones pedíamos por las personas que habíamos visto en el hospital, para que se curaran, por los niños que ese día habíamos visto nacer, pero sobre todo por lo que no habían llegado a vivir y por las madres, por los doctores, por los niños de Ouidah, por las religiosas, por el colegio, por todos los que trabajan en él y por los niños que van a clase. De esta forma, aunque nosotros con nuestro trabajo no cambiáramos nada sabíamos que Él sí podría hacerlo. Al padre Aurelio, se le ocurrió además reunirnos un día para compartir experiencias e impresiones, y sentados en un círculo cada uno fue aportando algo.

Nuestro viaje acabó en Dassa, a medio camino entre Nikki y Porto Novo, donde las religiosas oblatas, siervas de los pobres, llevaban un albergue y nos dejaron quedarnos a dormir. Al día siguiente, en nuestro último día en Benín, se celebraba una misa por los padres de Don Aurelio seguida de una fiesta, a la que asistieron toda su familia y amigos. Fue una muy buena forma de cerrar el círculo ya que pudimos despedirnos de todos y vivir una última vez una fiesta beninesa. Cuando acabó, nos volvimos a Porto Novo y de ahí a Cotonú, para coger el avión que nos llevaría de vuelta a España.

Ya ha pasado un tiempo desde que volvimos de Benín y me gusta pensar que sigo llevando conmigo todo lo que aprendí. Me acuerdo de vez en cuando de nuestros días en Ouidah y me doy cuenta de que eso fue un trocito del cielo. Me acuerdo del hospital y me pregunto que tal les ira a los doctores o a los pacientes que vi, si algo habrá cambiado en el hospital o si siguen necesitando de lo mismo. Me acuerdo del colegio y de los niños y solo espero que les esté yendo bien en este curso, que las clases de refuerzo en verano sirvieran para algo y rezo porque lleguen muy lejos en el futuro, que sean capaces como Don Aurelio de soñar en que otra África es posible y soñar en un Benín mejor y de luchar por ello.

Mónica Yagüez Aguilar. Tercero de Medicina. Universidad autónoma de Madrid.